

TEXTOS Y GLOSAS

La teología en busca de camino

(Congreso mundial —El porvenir de la Iglesia— Bruselas 12-17 sept. 1970)

La idea tenía su atractivo y más de un riesgo. Convocar un congreso de teología de este tipo, desde la base, sin la pomposidad y el boato de lo rojo, podría parecer una temeridad. Hablar en su título del “porvenir de la Iglesia” sonaba a teología ficción, a interceptar, dirían algunos, los caminos del Espíritu que dirige su Iglesia por sendas misteriosas, indescifrables para las mentes humanas. Todo ello se prestaba a mil reflexiones, a sospechas sin cuento, a publicidad desmedida o a prurito de dirección ideológica dentro de la Iglesia. Quizá toda reflexión en torno al acontecimiento tenía algo de razón y se apreció también en el Palacio de los Congresos de Bruselas. Sería al menos una fructuosa toma de conciencia por parte de los teólogos de la complejidad de los problemas que tienen planteados y de la necesidad de una ayuda mutua y de una colaboración para, sin perder la propia originalidad, buscar unas líneas orientativas de la marcha teológica en la enmarañada selva de divergencias.

El Congreso mundial de teología se ha celebrado. Las esperanzas de muchos quedaron defraudadas. Sin embargo otros vieron confirmadas sus posiciones. Sin duda en un Congreso donde la libertad brilló al máximo, donde se dejaron oír voces en todo tono, a favor y contra todo, hay opción para todas las interpretaciones. No nos pertenece ahora emitir juicio sobre la realización, sino informar de lo acaecido, en espera de que la publicación de las conferencias y la presentación oficial del Congreso dé margen a la creación de un juicio crítico y de una opinión pública en torno a las adquisiciones logradas.

Organización e intenciones

Sobre el papel estaba muy bien programado, al igual que en la asistencia técnica a los participantes. El reglamento interno del Congreso llevaba ya su línea directiva, especificando los varios puntos y los votos necesarios para la aprobación de una propuesta. La divi-

sión de participantes, los grupos de estudio y de trabajo, su funcionamiento con sus relatores correspondientes, el valor de los votos, estaban clarificados en el reglamento. Sobre el papel olía a cierta perfección.

Sin embargo la vida trae siempre un margen de improvisación. Y es preciso contar con él. Las críticas al reglamento no faltaron y se intentó dar al traste con esa planificación racionalizada y no realista. Se apeló a la inutilidad de una votación —la verdad no se impone por votos, se dijo—, a la falta de libertad que suponía el dar ya proposiciones o “resoluciones” hechas para que los grupos discutieran sobre ellas, a la cierta teledirección del Congreso, a la distinción entre los participantes, a la anglogermanización de la teología. Se alargaron los diálogos sobre estos puntos con visiones diversas, a veces muy duras y otras más suaves y agudas. Sin embargo, es preciso confesar que si hay que dejar cauce a la improvisación, ya que la vida no puede apresarse en el papel, no lo es menos que en Congresos de este tipo se requiere una planificación precedente bien pensada, directivas para que los diálogos no abarquen todos los temas y lleven una línea más o menos unitaria, y personas capaces de mantener el ambiente exigido.

No obstante, permaneció abierto el diálogo y mantuvieron la libertad los organizadores, tratando de subvenir a muchas de las críticas que se hicieron aligerando de algún modo el reglamento. Esa es la actitud, aunque no convencida. Apreciamos además que cualquiera en esas circunstancias puesto a organizar hubiera tenido que pensar en todos los elementos que integrarían una masa tan enorme de personas y trataría de buscar la línea directiva propia. Quizá la crítica de que se desmentía con la práctica lo pedido en teoría fuera una realidad. Se pedirá pluralismo teológico, pero no existiría en las conferencias, como existiría también un handicap para otras lenguas al no tener la posibilidad de expresarse, colocando a las personas en inferioridad de condiciones. Una vez más se demostró que en nuestro tiempo la imposición es rechazada, aunque sea mejor lo ofrecido, y que la autoridad no es nunca omnipotente.

Las intenciones aparecían claras desde el discurso de apertura del P. Schillebeeckx. Se trataba de buscar un cierto “consensus theologicus” entre los teólogos sobre puntos fundamentales, capaz de producir una nueva figura dentro de la teología y de la Iglesia que sería el consentimiento de los teólogos como un “locus theologicus”. Este hecho pretendía ser transcendental y de ahí la insistencia en una votación con el fin de comprometer y de comprometerse. Los teólogos que eran quienes predicaban el compromiso, quienes escribían tan bellamente sobre él, tenían la ocasión de hacer realidad sus propios escritos. Podría ser hasta un test para la sinceridad de sus actitudes.

A su vez, en medio de la desorientación reinante aún en el círculo de los teólogos empeñados, se deseaba buscar unas líneas directivas y orientadoras para la teología. Tarea nada fácil. La coyuntura es muy difícil, pero se notaba la necesidad de unas directivas que orienten la investigación en la vida y desde ella. Antes de una realización pastoral concreta, que por fuerza ha de ser múltiple, es preciso que exista una cierta unidad de miras y de objetivos, y una mentalidad creada y convencida. Juntamente con esto aparecía el elemento personal: una toma de conciencia, un examen a los mismos teólogos con el fin de dejar en claro si han tomado en serio su función, tanto en lo personal —con su vida y testimonio comprometido en la liberación de los hombres—, como en lo social, sea a través de su actuación directa, sea a través de sus escritos.

Se abría entonces el matiz del ecumenismo, que estaría presente en todas las conferencias, implícita o explícitamente. El problema era también delicado. Y se hizo sentir en algunas cuestiones con intervenciones animadas y en ocasiones animosas. En el fondo todo ello lleva otra mira que era pastoral, que era no puramente teórica, sino eminentemente práctica, aunque no se extrayeran las consecuencias. Y con esto habría quizá que añadir otro dato, que era significativo por la ausencia: el magisterio no estaba con la teología. ¿Por qué han de creerse o de sentirse al menos, opuestos, cuando ambos trabajan por la misma causa y luchan por los mismos valores? ¿Por qué esos miedos a los pensadores dentro de la Iglesia? ¿Qué pasa en la Iglesia en ese sentido? ¿No sucederá acaso que el gran pecado de la Iglesia consista en que dentro de ella unos gozan del poder o de la potestad y otros de la autoridad moral, y hoy se cree más al prestigio adquirido por propio trabajo, desarrollo de los dones divinos, que a la imposición de un poder donado no se sabe bien por qué méritos? “Las dificultades del diálogo entre el gobierno de la Iglesia y los teólogos —dijo van de Bogaard— hacen pensar a las tensiones existentes en una industria entre la dirección y el departamento de investigación”. El mismo orador, seglar, Presidente de la fundación “Concilium” añadió a los teólogos: “Decidme en palabras sencillas lo que significan hoy el Evangelio y el cristianismo a fin de que yo pueda aprender de manera sencilla e inteligible el mensaje evangélico... porque todo cristiano tiene el deber de mostrar que la Iglesia tiene todavía porvenir”.

Y el P. Schillebeeckx había dicho también: “No nos hemos reunido aquí en una actitud de seguridad y de suficiencia... pero tampoco como arqueólogos... No queremos salir de nuestra competencia... pero queremos cumplir en ciencia y conciencia la misión que nos toca, a saber la aportación de la reflexión crítica como contribución propia e inalienable a la vida de la Iglesia... hacemos de la teología un servicio para la paz real de los hombres, es decir para el porvenir de los hombres: porque el porvenir de la Iglesia es su presen-

cia al porvenir del mundo". Y a lo largo de las conferencias y de los diálogos esto quedaba más en claro. Especialmente apareció a la hora de las conclusiones y de la aprobación de propuestas. Qué era lo que pretendían y cuál la intención de los organizadores se evidenciaba en sus expresiones y en sus gestos. Era significativo y comprensibilísimo: en el fondo también ellos necesitaban un aliento y un apoyo.

Si éstas eran las intenciones abiertas, no faltaron tampoco otras sospechadas por los participantes. Tal vez no confesadas, pero deseadas. Y en los momentos de euforia se manifestaba con cierta claridad. Ciertos teólogos necesitaban una especie de aprobación, por parte de los demás teólogos, de las líneas directivas de su propia teología, es decir de las líneas que ellos, a fuerza de trabajo, de intuición y de esfuerzo y a despecho a veces de encontrados pareceres en el magisterio, han ido construyendo. Era normal que así fuera. Sería un test para su teología, que sería la votada, tras unas conferencias centradas todas ellas en esa dirección. Esto significaría una confirmación de los propios puntos de vista para hacerse fuertes y continuar el propio camino. En realidad, esto se dejaba notar. No me parece mal. Existían teólogos y personas de formación fuerte para considerar si esas líneas están de acuerdo o no con el hoy del mensaje, y eran ellas quienes podían emitir un juicio crítico sobre las mismas. Al menos para la mayoría podía considerarse una teología ante para la actualidad, aunque es preciso contar siempre con la diversidad de psicologías, de culturas, de prácticas y a la hora de la adaptación no podrán aplicarse unos principios nacidos en ambiente anglo-germánico, con una problemática concreta, del mismo modo en las demás regiones, culturas o idiosincrasias. Pero la mentalidad subsiste, abierta, pluriforme, comprometida en la liberación de los hombres. Serán las conclusiones y la aplicación el test de la verdad o menos de unos principios que han tenido poca dificultad en ser aceptados. La línea me convencía para hoy, aunque no pueda uno pararse nunca y deba estar siempre en la búsqueda.

Esta misma intención sospechada arrastraba consigo otra no menos arriesgada: una especie de revancha o de reivindicación —las palabras serían muy duras— frente al magisterio de la Iglesia. Y como contrapartida una búsqueda de libertad, de crítica e investigación para el teólogo, nacida de una amarga experiencia y del llamado "martirio de las ideas". El tema sonó más de una vez. Es real. A veces no se quiere confesar sinceramente. Pero es así. Mientras magisterio oficial de la Iglesia y teología no vayan del brazo no puede haber fecundidad en la Iglesia porque no se llegará nunca al matrimonio. Y dígame lo mismo de la teología y los pastores directamente comprometidos en la acción. Inconscientemente, al menos, esta pretensión era bastante común. Y el temor a las ideas, a pensar el mensaje cristiano, hasta de forma arriesgada, a profundizarlo en refle-

xión y en vivencia, bloquea el Espíritu y el progreso. "Prohibido pensar" continúa siendo un poco slogan en ambientes eclesiásticos oficiales. No es, pues, de extrañar que los teólogos, que sufren ese martirio, protesten contra él y pidan más colaboración mutua, y que jerarquía y teología vayan en armonía.

Era normal que si las intenciones eran éstas, existiera también una cierta política en el Congreso para llegar a concluir lo que se había propuesto. La prensa se hizo eco en su día de ello, pero en la fina ironía o en la palabra abierta se daban cita actitudes encontradas. Hay armas que no pueden emplearse en Congresos de este tipo en que las personas quieren ser ellas mismas y entrar en los temas sin imposiciones ni avasallamientos. Lenguas, naciones, corrientes teológicas o problemas de iglesias locales, abrían un abanico amplísimo para la crítica. Se titulaba mundial, pero no podía llamarse tal, porque faltaban muchos representantes y además el Congreso tenía más o menos un 90 % de europeos y un 95 % de católicos. La proporción es desproporcionada. Crítica más dura exigirían los nombres de los conferenciantes y el porqué de los mismos, de parte de muchos. Y la tendría por no aplicar los principios, que se pregonan, a una realidad presente, cual era el Congreso. Si se pide libertad, si se habla de pluralismo teológico, si se pretende confrontar las diversas tendencias recogiendo de cada una de ellas lo aprovechable, hubiera sido preferible, aunque más peligroso, el dar acceso a todo ello en el Congreso, no sólo entre los participantes, sino también entre los conferenciantes. Indudablemente esta crítica vendrá desde fuera del Congreso —ha venido ya—, si bien no puede hacerse responsable plenamente a la organización que contaba con las personas concretas y con unas líneas de acción y de estudio bien definidas.

La libertad era máxima. La crítica no se dejó esperar durante las mismas sesiones. Quizá las líneas que se iban a programar como directivas en la teología tenían vigencia ya antes de la aprobación. Se habló de colonialismo teológico, de germanización de la teología, de exclusivismo de lo teológico, de ausencia de vida y de presencia exclusiva de problemática muy limitada a ciertas regiones o culturas. Y lo grave sería querer imponer los mismos criterios pastorales a todos los demás. No obstante, siendo válidos los principios, las aplicaciones serían ya personales y sociales en dependencia de la diversidad de lenguajes.

Estaban ausentes además otras visiones o concepciones distintas del hombre, de Dios, de la historia, del pensamiento, del mundo. Se habló, por ejemplo, de la ausencia de la visión oriental y de la teología de otras confesiones religiosas, al igual que del cambio total de visión que supone una mentalidad africana, que parte del actuar y por el resultado juzga la acción y su valor, como también de la pers-

pectiva suramericana con su problemática muy concreta. Se comprendía con facilidad que es necesario crearse a la mentalidad de la diferencia de enfoques del mensaje cristiano y de la necesaria apertura a todos ellos, huyendo al dogmatismo tanto en el contenido como en la exposición.

Sin embargo, a pesar de todo esto, el funcionamiento del Congreso, su organización y sus intenciones surcaban la intimidad de las personas y recibían acogida benévola. Estaba logrado. Era una necesidad para la teología un simposio de este calibre y de esta altura, y a no dudarlo, los efectos se dejarán sentir muy pronto. Existen unas líneas que exigirán ramificaciones, pero fundamentalmente existía una concordia.

Líneas directivas

Hacer resumen de las conferencias sería trincar su vitalidad y su agudeza, su cientifismo y su cohesión. Será más fácil remitir al lector a una reposada meditación sobre las mismas. Las proposiciones votadas han sido ya publicadas por la prensa y son conocidas de cuantos se interesan por el tema religioso y han seguido con cierta asiduidad los acontecimientos durante el desarrollo del Congreso. Es el espíritu que anima las conclusiones lo que realmente da sabor y profundidad a lo aprobado. Y a su vez da la medida del juicio que merece la no aprobación de la primera proposición suplementaria que decía: "Hay hombres y mujeres que sufren en su fe a causa de la Iglesia. En numerosos países, los sacerdotes son reprimidos por su compromiso político. Las comunidades son vistas con sospechas en su compromiso de fe. Los teólogos son vilipendiados en la libertad de su búsqueda. Los obispos son reducidos al silencio. Los divorciados permanecen marginados. Numerosos sacerdotes que han vuelto a la vida laica encuentran difícilmente trabajo, ya sea a causa de cláusulas de concordato o bien a causa de la desconfianza que hacia ellos mantienen los cristianos. Todos los problemas que afectan a la sexualidad están bloqueados. En particular, la libertad de elegir el celibato para los sacerdotes, con la penosa consecuencia de "reducción" al estado laical. Todo esto ocurre en la Iglesia de Cristo, mensajera de libertad y de esperanza. Nosotros protestamos contra la totalidad de estas prácticas que refuerzan la incredibilidad de la Iglesia para el hombre de hoy". La votación arrojó 92 a favor, 52 en contra y 34 abstenciones. No recibió los dos tercios necesarios para ser aprobada y en consecuencia no se admitía como del Congreso. Quizá fuera mejor así. Se presta más a la reflexión, no tanto la proposición cuanto el rechazo de la misma. ¿Decía algo que no fuera verdad? ¿No era una sencilla enumeración de hechos que suceden en la Iglesia de Cristo, mensajera de libertad y de esperanza? ¿Por qué entonces una gran parte de los teólogos no ha dado su opción? ¿Por

qué esta falta de compromiso real, de hecho poco comprometido, aunque sea redundancia? ¿Cómo se puede esperar que esos teólogos opten en sectores de mayor compromiso por empeñarse hasta el fondo, que opten por subir a la cruz, si es necesario, por la liberación de los hombres y poniéndose a su servicio? Se adujeron muchas posibles razones para paliar un poco a cuantos no se comprometieron en una votación afirmativa. El respeto es siempre necesario. Pero hace pensar muy seriamente: ¿No es hora de que la teología de gabinete se comprometa en la vida y ponga su existencia a precio de liberación de los hombres? ¿Cómo se puede creer en una teología, o mejor en unos teólogos, que no dan más que principios y que al extraer las conclusiones, aunque no sea más que de modo descriptivo, como en esta ocasión, dan marcha atrás? ¿No está el terreno preparado? Yo diría que sí, en la teología sí. Falta lo más importante: el teólogo. Desde que éste se institucionalizó, desde que nació a la aristocracia de la inteligencia, se ha olvidado de que su vida es un compromiso constante y de que la palabra compromete y al arriesgarla es preciso estar dispuesto a todo por el bien de los hombres, precisa voluntad de Dios. El test fue del máximo interés. Los primeros en lamentar la no aprobación fueron Schillebeeckx y Hans Küng, y otros muchos también lo lamentamos. La verdad no se impone por un voto, pero está ahí para que la acepte quien la crea tal.

El espíritu quedaba fijado desde el primer día y las líneas directivas quisiera sintetizarlas del siguiente modo. Soy consciente de que se podía comenzar por otro flanco, pero esta vena se me antoja del máximo valor para la teología de los años futuros. El primer análisis se dirigía hacia la función de la teología y la función del teólogo, dividiendo a éste en teólogo de profesión y el simple cristiano que es también teólogo a su modo. Entonces la teología tiene una función muy particular, que es su *función crítica*. Esta compete a todo el pueblo de Dios, que ha de hacer crítica con su vida y testimonio y con su palabra e información. Y en ese pueblo de Dios tiene un puesto el teólogo que cultiva ese carisma, don de Dios para el servicio de los demás. La crítica ha de ejercerse en la vida de los hombres y de las comunidades cristianas y desde ellas. Sin embargo es necesario aclarar este punto: la función crítica se instaura desde lo escatológico, que es el reino predicado por Cristo con sus valores a los que el hombre debe tender y desde los que es preciso juzgar cada presente histórico. Cuanto Cristo nos enseña y transmite es mensaje de escatología, mensaje final, que es necesario ir desarrollando en el tiempo. Resulta, pues, que el tiempo es anticipo y preparación, progreso constante y enriquecimiento del Reino. Como Cristo vino a cumplir la voluntad del Padre y esa voluntad es el bien de los hombres, la predicación de Cristo tiene una función soteriológica: es liberación, es paz, es amor, es esperanza, es fraternidad, es comunión, es libertad, es comprensión, es perdón, es servicio, es entrega. Se parte, en

consecuencia, de que no se podrá lograr plenamente esto en la tierra, pero cada situación histórica, cada realización, cada actividad, cada pensamiento, tiene ya una medida y es ésta. La crítica actúa sobre ella: si no camina y progresa hacia esos valores, por negarse a ello, y si tiende a ellos y se compromete por los mismos, porque nunca será tan perfecto como debe ese tender y siempre podrá hacer más. La dialéctica implicada en esta dirección está clara: continuada inquietud, constante búsqueda, caminar sin reposo y sin paradas. Frenar la marcha es detener el enriquecimiento del Reino.

La crítica tiene sus instrumentos. No basta con la inteligencia y con la razón. No es suficiente la palabra y el escrito. Precisa compromiso vital, totalitario. Exige eso, pero sobre todo empeño personal, testimonio y compromiso. Toda actitud de vida, toda posición tomada en la existencia es un acceder a la realidad existente, o un mentís a cuanto se realiza. Nadie, pues, está exento de esta función crítica. Y es necesario apreciarla en su sentido positivo, en su valor redentivo, en su perspectiva soteriológica. No es la crítica por la crítica, sino crítica en vistas a una mejora, a un perfeccionamiento, a un progreso. Ahora podríamos decir que la teología no es la ciencia que habla de Dios, sino la crítica que se establece desde Dios, y como ese Dios nos lo ha revelado Cristo y nos lo ha incrustado en unos valores comunicados al hombre, juzgamos desde la revelación de Cristo que nos manifestó el misterio y nos abrió la esperanza del cumplimiento futuro, que se actualiza en cada presente histórico.

La función crítica postula *libertad*. Sin ella se reduciría todo a una hipocresía piadosa, a un formalismo ritual o a una ironía malsana. La libertad parte de una liberación interior, pero exige unas condiciones externas tales que permitan su desarrollo. Huye a las presiones sociales, las rechaza. Quiere simplemente que todos se formen a la conciencia de recibir partículas de verdad comunicadas por Dios a los demás y den la posibilidad de comunicarles a cada uno según sus modos peculiares e inalienables. Y esto, se dijo, han de tenerlo también en cuenta las autoridades competentes para no apagar el Espíritu. Es posible, añadiría por mi parte con San Agustín, que por no permitir a las personas y a las comunidades aportar su propio bien, siempre por humano con mezcla de mal, se vean privados de la iluminación. Y esto sería grave.

Pero la crítica se ejerce *en el mundo y desde él*. ¿Cómo? El progreso y la técnica actúan una función crítica permanente en la teología y en la vida de la Iglesia. Las ciencias humanas son la voz de la creación que se ha ido completando por los valores que Dios ha comunicado a los hombres para el desarrollo de lo creado. Y por ser voz de Dios en la creación se truecan en principio de crítica a todas las superposiciones históricas y a las supersticiones religiosas. Es necesario, por tanto, integrar todas las ciencias, las artes, las culturas, las psicologías, los diferentes modos de expresión, el tiempo y el es-

pacio, al mensaje cristiano. La teología ejercerá en esas ciencias también su función, tratando de buscarles el sentido trascendente, o si se prefiere, descubrirles que son producto de creación florecido por el trabajo inteligente del hombre. Ahora bien, este mismo hecho de tener que contar con las ciencias humanas comporta un *pluralismo teológico*. Este abarcará no sólo las culturas diversas, las artes y los modos de expresión, sino también las demás confesiones religiosas que ayudarán a enriquecer el mensaje de Cristo. La insondable riqueza del misterio de Cristo se universaliza de este modo, no en el espacio o en la geografía, sino en la comprensión y en la aceptación de todas las culturas y de las ciencias humanas. Este hecho revela una vez más la necesidad urgente de una conciencia clara de propia limitación a la hora de exponer el mensaje, y además una apertura a las demás visiones para enriquecer la propia con el consiguiente respeto y comprensión para las otras, y para las personas que las proponen, amor y disponibilidad.

Siendo la función crítica básica para la teología en la actualidad ¿sobre qué la ejercita? Se comprende así la marcha de las conferencias: sobre el mensaje cristiano. ¿Cuál es lo esencial del mensaje cristiano? ¿Cuál es el programa, cuál la finalidad que une a cuantos se acogen al mensaje? Las conferencias del segundo día estaban dedicadas a este tema y lo mismo las proposiciones que serían aprobadas al final. Haciendo crítica del mensaje y en él se llegaría a su centro: *Cristo*, en su referencia a Dios y en su referencia a los hombres. En torno a la exposición que se hizo, se suscitaron muchas discusiones. Se dijo que no se había hablado de Hijo de Dios, que apenas se reconocía su divinidad, que no se empleaban, en una palabra, las fórmulas de Calcedonia. La respuesta era clara y no se dejó esperar: Para seguir repitiendo fórmulas que nadie entiende, no estaríamos aquí. Se trata de buscar un modo más adecuado y admisible para los hombres de hoy en la expresión del único mensaje que es Cristo. Las fórmulas tradicionales tienen su valor, pero es necesario traducirlas al lenguaje inteligible de nuestro tiempo, ya que de lo contrario carecen de sentido y es como si los hombres no las oyeran. La crítica primera, pues, baraja el primer elemento, la persona de Cristo. Y aquí se revelaba la plenitud de un *gran mensaje ecuménico*, como acercamiento máximo entre las diversas confesiones. Siendo Cristo centro del mensaje cristiano es susceptible de varias expresiones en dependencia de la diversidad de culturas, de artes, de psicologías y de problemas. En el resumen inicial que explicaría luego, Hans Küng con cierta audacia, pero de modo complaciente para los asistentes, definía así el mensaje: "A la luz y por la fuerza de Jesús, podemos vivir, obrar, sufrir y morir de manera verdaderamente humana en el mundo de hoy, porque estamos sostenidos hasta el fin por Dios, comprometidos al máximo por el bien de los hombres". Esta

traducción del mensaje para hoy llena una gran laguna en las exposiciones y recoge lo esencial.

Este proceso de clarificación crítica del mensaje hallaba un nuevo campo en la *historia del dogma y de la teología*. Una crítica histórica severa y sincera, habida cuenta de los elementos históricos, sociales, económicos, políticos, culturales en general, permitirá desprender la verdad de adherencias y superposiciones añadidas por la incuria de los hombres y a veces por su comodidad. Hay para esta tarea instrumentos científicos y análisis vitales, hay examen de la vida de la Iglesia y de la vivencia del mensaje en un determinado periodo histórico, y además lo escrito y transmitido. Ambos elementos es preciso enjuiciarlos para llegar a crearse una opinión objetiva. Es un proceso de depuración de lo cristiano.

Hasta aquí la crítica, aunque frente a lo dogmático corre algunos peligros, sin embargo aún no se ha comprometido seriamente. No obstante, el camino estaba abierto. Si era necesaria una crítica histórica, se precisa también una crítica del presente histórico. *Crítica y libertad han de comprometerse hoy en la sociedad y trabajar en todos los niveles por la liberación del hombre*. He aquí, analizado el mensaje históricamente, la tarea más fundamental de la teología en la sociedad actual. La teología —y por ende el teólogo— ha de comprometerse en una crítica de la sociedad, sea en lo económico, sea en lo social, sea en lo político, sea en la diversión, sea en lo sexual, con el fin de que se acerque cada vez más al mensaje predicado por Cristo. El teólogo tiene que hacer de este modo presente la libertad del Espíritu, manifestándolo en su lucha por la liberación de los hombres. No se trata de teología de revolución o de revancha o de reivindicaciones, es simplemente teología en función soteriológica, continuadora de la obra redentora de Cristo, que revelaba a través de la liberación sensible de la miseria, del pecado, de la enfermedad, del hambre, la liberación final total, de cuerpo y espíritu, de la persona en su integralidad. En este sentido se llegó a decir que la Iglesia no puede confesarse políticamente inocente, tanto a través de la historia como en la actualidad. La Iglesia, a pesar de sus declaraciones, se ha comprometido en la política y ha tomado sus opciones. Pero nada más como Iglesia oficial y como consejos que imparte, no como compromiso. No arriesga nada.

Llegados aquí, hay una crítica más grave. La ofrecen los humanismos modernos: ¿Qué aporta la fe a esos humanismos? La respuesta teórica es relativamente fácil: primero, *aceptarlos*, y segundo, les ofrece una *inspiración positiva y crítica, y la esperanza de realizar las dimensiones últimas de la existencia humana*. Una interacción de críticas como tensión de fuerzas es siempre fructuosa en la sociedad y en la Iglesia. Habría entonces una crítica de permanencia y una crítica de presencia, es decir sobre algo estable en la sociedad y

en la Iglesia y sobre los elementos cambiantes que constantemente varían y que son la crítica más austera que no permite el reposo nunca.

Precisamente por una crítica de presencialidad, urge la crítica, gracias a Dios ya iniciada y con mártires, de *las estructuras de la comunidad cristiana*, teniendo presente la búsqueda de una vivencia más personal de la fraternidad y de la comunión. No sé, pero iría más lejos: no hablaría de comunión ya, porque está cargada de resonancias platónicas y se queda en espíritus. Tal vez la fraternidad en su plenitud humano-divina expresaría mejor cuanto se pretende. Y en la crítica de las estructuras se proyectan nuevas formas para la Iglesia del mañana, en comunidades de base, en "unidades pastorales", en liturgias familiares, o en "iglesia doméstica", como dijera ya san Jerónimo. A su vez desde el Evangelio, puesto en confronte con la sociología actual, se critica el *ejercicio de la autoridad, su elección, su ministerio al servicio del pueblo de Dios*, libre para los cauces del Espíritu en función liberadora del hombre. Las proposiciones aprobadas hablan muy claro de todo esto. Los aplausos que recibieron en el Palacio de los Congresos manifestaban esa urgencia silenciosa que explota en ocasiones como ésta. Se precisa una mayor participación de todos, si es verdad que se predica con realismo, la corresponsabilidad y la colaboración en todos los órdenes.

La proposición número 12 aprobada dice así: "Hay que denunciar la discriminación que se practica respecto a las mujeres en la Iglesia, como todavía a menudo en la sociedad. Ya es hora de concebir seriamente el puesto de las mujeres en los ministerios". Fue éste un poco tema del Congreso. Sonó desde el principio en que el grupo "Hombres y Mujeres en la Iglesia" entregó a los participantes activos unos folios, recogiendo los puntos del Congreso y haciendo ver que no podían tratarse sin intervenir las mujeres. Más aún, una Iglesia del futuro o el Futuro de la Iglesia es inconcebible sin la participación de la mujer, consciente sobre todo de su papel en la sociedad. Las barreras que la Iglesia ha levantado ante la mujer deben desaparecer, y las circunstancias históricas que las hicieron surgir, esas mismas, pero distintas, las suprimen ahora. El aplauso masivo ante la aprobación de la propuesta antes enunciada sellaba el final de algo lamentable en la Iglesia: la *discriminación de sexos en la Iglesia para el servicio de Dios y de los hermanos*. Hay abierta una gran pista al estudio y la investigación. No bastan razones históricas o paliativos psicológicos. Si no existen otras, como parece, el montaje eclesiástico se enriquecerá en experiencia verdaderamente humana.

En busca de camino.

Así aparece un poco la teología: en busca de camino. Pero algo

ya ha encontrado. Esta vena es riquísima y puede concentrar en sí una temática muy amplia. Tiene los dos hilos tensos: permanencia desde la revelación con sentido escatológico, y presencialidad en un análisis exhaustivo de las realidades personales, sociales, políticas, culturales y espirituales de nuestro tiempo. De esta suerte no se le permite nunca estancarse, si quiere ser fiel a su misión. No tiene verdades hechas. Su perfección está siempre más allá, en un *sí, pero todavía no*.

Las breves proposiciones aprobadas por la votación del Congreso van selladas con este espíritu. Son indicadoras. El camino está sin recorrer, pero la pista aparece libre. El P. Schillebeeckx, al clausurar el Congreso, tras el anuncio de las votaciones y de las propuestas aprobadas, recordó la aportación positiva de todos estos creyentes en Cristo cuya presencia revela que Cristo no es un mito sino un hecho histórico en el que se ha manifestado Dios. Un Cristo, agregaba, con el que es preciso construir un porvenir que sea signo de la fidelidad al Dios vivo, celoso de justicia y de amor, pero un porvenir que puede también ser signo de infidelidad al don gratuito de este amor. La Cruz de Cristo —son palabras del orador— continúa un signo de contestación permanente, un signo eficaz para un mundo mejor en que se pueda vivir la justicia, la paz y la utopía evangélica de las bienaventuranzas.

“Nosotros creemos —continuaba Schillebeeckx rápido y tembloroso— con fe, una fe teologal hecha de contemplación y de acción, una fe que nos empeña en el mundo. Las proposiciones reflejan un poco de este objetivo, una centellica de esta esperanza, pero todavía marcada por nuestras malas costumbres de teólogos clericales en lenguaje intelectual.

“El hecho nuevo —ha hecho notar el teólogo dominico— consiste en que un congreso de teólogos llegue a resoluciones. Este hecho no puede quedar sin repercusiones en el porvenir. Ciertamente, no se trata más que de una voz y una voz que no es la más importante porque la vida se juega en la base y no en el círculo restringido de los teólogos. Esta voz, sin embargo, debemos hacerla oír”.

Haciéndose eco de las críticas que se habían hecho durante el Congreso y criticándolo él mismo, se ha detenido en tres aspectos, dejando a los demás, periodistas y participantes, que prosiguieran la lista. Se puede —dijo— reprochar una ausencia de espíritu ecuménico, pero la presencia o la ausencia de la Biblia no es un simple hecho de cita. Se podrá decir quizá que el Congreso ha sido más social que teológico, pero examinadas por los sociólogos las proposiciones les parecerían ciertamente ridículas en cuanto sociólogos. Se podrá hablar de mala teología y de dualismo. Pero la Iglesia puede ser examinada como sociedad humana y otro tanto como templo del Espíritu de Cristo.

“Yo no quiero hablar de éxito, porque en general nuestras espe-

ranzas son siempre mayores que los actos. Otra experiencia del congreso: hemos descubierto que con la teología aparece también un problema lingüístico. Las ideas vehiculadas por las palabras no son siempre comprendidas en las otras lenguas. Mas hay también divergencias en el "approche" de lo real. El resultado mayor lo hallamos finalmente en los grupos. Allí teólogos de muchos países, de diferentes tendencias, de diferentes psicologías, han podido, durante cuatro días, encontrarse, discutir, trabajar, entenderse y enriquecerse".

El balance del Congreso Mundial de Teología de Bruselas es sumamente positivo. No podrá olvidarse como hito en la teología del futuro y en el desarrollo de la Iglesia. Aparentemente no hay cosas concretas. Sin embargo, se oyeron muchas. Crearon un clima, se entendieron muchos teólogos, unos se confirmaron en sus visiones y otros se acercaron al mercado común de las ideas religiosas. Hubo quizá poca teología, pero muchas experiencias. Y se aprendió una gran lección: la teología se hace en la vida y desde ella. La teología debe descender de la cátedra, comprometerse en la realidad concreta de la sociedad y del mundo, buscar un sentido para esa crítica. Su sentido está claro ahora: continuar la obra liberadora de Jesús en bien de los hombres, haciendo presente la liberación total predicada por Cristo para la escatología en la liberación real, presencial, del hombre de sus opresiones personales, sociales, económicas, políticas, de ignorancia, de hambre o en general de inhumanidad. Sólo de este modo se hace creíble el mensaje y la realidad humana se torna signo sensible de la obra de Cristo en cada presente histórico.

José Morán
Bruselas-Valladolid